

CUANDO en la tarde del domingo, adelantada veinticuatro horas la vertiente política de la Diada de Sant Jordi, casi trescientos mil catalanes —catalanes de Barcelona, Hospitalet, Cornellá, Badalona, etc., es decir, catalanes nacidos en Cataluña o en cualquier otro rincón de España— reclamaban el Estatuto para antes de 1980, los ojos de los políticos leían en aquella manifestación popular el fin del desencanto político, el inicio de una nueva etapa en el camino de reconquistar las libertades nacionales catalanas arrebatadas en el 38 y el presagio del futuro político de los próximos años.

El detonante de las elecciones municipales que en Cataluña particularmente han supuesto un importante avance de la izquierda y una consolidación definitiva de Convergencia Democrática, junto al temor de que el giro a la derecha del Gobierno de Madrid comporte retraso y recortes en el anteproyecto de Estatuto Catalán presentado a las Cortes, hicieron posible la masiva manifestación del domingo que, después de recorrer Barcelona, desembocó ante el Parlamento Catalán, desde donde dirigieron la palabra el senador Andréu i Abelló y los líderes de los cuatro partidos convocantes, Reventós, por los socialistas; Gutiérrez Díaz, por los comunistas; Pujol, por Convergencia, y Barrera, por Esquerra Republicana.

Pero los ojos de los políticos catalanes, que se asomaron al balcón del Parlamento Catalán para reclamar su definitiva apertura, pudieron ver no sólo una enorme multitud que había respondido a su llamada para reclamar el Estatuto: Ante todo comprobaron lo que físicamente no podía verse, la ausencia fundamental del Presidente Tarradellas y de la Unión de Centro Democrático. El principal dirigente de este partido en Cataluña, Carles Sentís, había declarado pocos días antes que una manifestación así podía ser interpretada por algunos como un acto en contra del Gobierno, y de ahí la abstención de UCD en ese importante acto.

Tarradellas, por su parte, había indicado también algunos días antes la inconveniencia de un acto de esas características. Sólo un año antes



Casi trescientos mil catalanes reclamaron el Estatuto para antes de 1980.

CATALUÑA

El Estatuto venció al desencanto

MANUEL CAMPO VIDAL

Tarradellas habló por Sant Jordi desde el balcón de la Generalitat, aunque aparecieran ya entonces algunos silbidos a su gestión. Pero en esta ocasión, ni los militantes de Esquerra Republicana, tarradellistas natos, exhibieron la fotografía del presidente ni su líder Heribert Barrera hizo referencia alguna a la personalidad del presidente de la Generalitat, a pesar de hacer uso de la palabra por un espacio increíble de tiempo.

Podía leerse en esa significativa ausencia también el fin de una etapa en que los partidos, la prensa y la opinión pública habían puesto un cierto tipo de sordina a cualquier crítica al personalismo de Tarradellas o a su eterna prevención ante el desarrollo de los acontecimientos políticos, así como a sus excesivos elogios al presidente Suárez.

Pocas horas después de la manifestación, el director de "Tele/Expres", Tristán la Rosa, se abrió paso en esa nueva situación con un artículo editorial en el que se preguntaba: "¿Le viene al honorable Tarradellas esa desconfianza de su creencia de que los catalanes, comparados con los castellanos, son meros aficionados a la política?, ¿acaso su idea 'gaullista' del mando le incita a querer dominar las fuerzas políticas y le induce a desoír con frecuencia los criterios de sus colaboradores, cayendo así en uno de los errores que él mismo ha achacado al president Ma-

cía?, ¿es quizá su sentido del Estado, acerca del cual únicamente sabemos la función primordial que en él desempeña la 'autoridad', lo que finalmente da a su actuación política ese estilo propio ensalzado por sus oponentes de ayer y criticado por no pocos de los que hicieron posible su retorno a Cataluña y su designación como presidente de la Generalitat?".

La elocuencia de una multitud manifestante

Desde el balcón del Parlamento probablemente pudo leer también Jordi Pujol la indicación popular del camino por el que debe establecer sus alianzas si sigue pensando en la presidencia de la Generalitat o en un destacado papel de su partido en el futuro autonómico de Cataluña. Allí, en la plaza, estaba claramente escrito.

Podía leerse también, aunque en aquel acto resultase una coileta innecesaria, que Cataluña no entiende de bipartidismos. El balcón reflejaba un tetrapartidismo y todavía faltaba la Unión de Centro Democrático.

Heribert Barrera, líder de Esquerra Republicana, pudo ver en la manifestación que aplaudía desde la plaza —pero a la que no entusiasmó Barrera precisamente con sus dudas acerca de la validez de la Constitución— un sólido punto

de referencia para combatir en el interior de su partido las tentaciones de ir en ocasiones hacia las posiciones próximas al independentismo. Los independentistas se congregaron a la misma hora en la localidad costera de Premià de Mar, con escasa participación.

Apreció Joan Reventós, líder de los socialistas catalanes, una multitud que le recordaría al mes de abril de 1931, y así lo hizo constar, subrayando que "tenemos aquí, entre nosotros, a centenares de alcaldes y concejales de Cataluña que siempre han estado con nosotros".

Antoni Gutiérrez Díaz, secretario general del PSUC, debió ver reflejada en la plaza la expresión popular del bloque de progreso para Cataluña, que figura en su propuesta estratégica. Sin exclusión alguna, porque UCD, Tarradellas y los independentistas se excluyeron por cuenta propia, en la plaza se leía una voluntad firme y unitaria —especialmente entre las fuerzas allí congregadas— de consolidar una Cataluña democrática, autónoma y solidaria con otras regiones y nacionalidades, especialmente con las deprimidas y con Euskadi, subrayó el líder comunista.

Plato de difícil digestión

Al senador Andréu i Abelló, al propio Jordi Pujol, a través de sus declaraciones en una rueda de prensa posterior y a la propia organización del acto, que con la megafonía limitada los gritos contra la UCD, se debe el generoso intento de contribuir a la digestión gubernamental de un acto tan importante. Antón Cañellas, diputado de centristas de Cataluña, por ejemplo, había tomado, a pesar de que desde algunos sectores se le había tratado de quitar hierro, la manifestación como una agresión contra la formación política a la que pertenece, calificando la nueva dinámica de la política catalana como un "juego peligroso", lo que prueba la persistencia de un clima de crispación. Menos mal, para el futuro del Estatuto Catalán, que el propio Cañellas haya declarado también posteriormente que el Estatuto es también nuestro y vamos a demostrarlo en los próximos meses". ■